

Un mensaje bíblico

# PARA TODOS

---

## Los siglos

**“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.”** 1 Corintios 10:11

La palabra **siglo (s)** se encuentra en 83 versículos de la Biblia, de los cuales 63 se hallan en el Nuevo Testamento, no para designar un período de cien años, como en nuestro lenguaje corriente, sino más bien para designar períodos más o menos largos de los caminos de Dios respecto al hombre.

Esos **siglos** (o dispensaciones) tuvieron su origen en el comienzo de los tiempos y finalizarán cuando el tiempo dejará de existir, formando así ese divino paréntesis abierto entre la eternidad pasada y la eternidad futura.

El apóstol Pablo emplea la expresión **“antes de los tiempos de los siglos”** en 2 Timoteo 1:9, a propósito de la gracia que Dios nos ha dado en Cristo Jesús, según sus propósitos eternos para manifestar un pueblo celestial, unido a su Hijo en la gloria; y en Tito 1:2, con relación a la esperanza de la vida eterna que Dios ha prometido según el deseo de su amor respecto a sus elegidos.

El apóstol Pedro (1 Pedro 1:20) nos habla de Cristo, el Cordero de Dios, “ya destinado **desde antes de la fundación** del

mundo, pero manifestado en los **postreros tiempos**” a los que por Jesucristo creen en Dios, de manera que nuestra fe y nuestra esperanza estén en él.

En Mateo 25:34 el Señor habla del reino que heredarán los “benditos de mi Padre”, y que les ha sido preparado **desde la fundación del mundo**.

De manera que es necesario remontarnos hasta la creación, al principio de Génesis (1:1), para hallar el comienzo de esos **siglos**, antes de los cuales Dios ya había concebido sus designios de gracia y establecido junto a él a su Ungido, para cumplirlos en vista de su propia gloria (Proverbios 8:24-31).

En el segundo capítulo de Génesis asistimos a la creación de Adán, hecho un alma viviente, figura de Aquel que debía venir –formado por Dios a su imagen, colocado en el Edén, investido de autoridad sobre la creación– con Eva, una ayuda idónea, sacada de él mismo. Era el comienzo de **un primer siglo**, período de benevolencia y favor hacia el hombre; tiempo apacible en el cual Dios se paseaba en el huerto en la frescura del día y mantenía una feliz relación con su criatura predilecta, puesta bajo un único mandamiento de obediencia.

Desgraciadamente, el capítulo 3 nos relata la introducción del pecado en el mundo, por la desobediencia de Adán y Eva a instigación de Satanás. Se trata del **segundo siglo**, marcado por la sanción divina, la muerte, que desde entonces pasaría a todos los hombres. Pero al mismo tiempo se hace la promesa del Redentor y el anuncio de su victoria sobre Satanás al precio de Sus dolores. Esta primera «luz» de Cristo que brilla en esa solemne escena irá reforzándose a lo largo de los siglos que seguirán.

Así, Adán en Edén es una **primera era** o **siglo**. Adán fuera de Edén es un **segundo siglo** que durará hasta el diluvio. En aquel siglo brilló la fe de Abel por medio de su sacrificio agradable. Luego se invocó a Dios en tiempos de Set y Enós (Génesis 4:4, 26). Enoc caminó con Dios trescientos años, y Dios lo tomó, después de que advirtiese al mundo impío sobre un próximo juicio. Noé temió a Dios, construyó un arca, condenando así al mundo lleno de corrupción y violencia. Entonces una nueva «luz» o anticipación de Cristo apareció figurada por el arca de salvación, flotando sobre las aguas del juicio.

Con Noé y su casa, así conservados en gracia, se inició un **tercer siglo** después del diluvio, y se instauró un nuevo mundo bajo el feliz auspicio de los holocaustos ofrecidos sobre el altar en olor agradable a Dios (cap. 8:20-21). Era como un sacrificio de reposo, dando una nueva «luz» de Cristo. Dios estableció su pacto y puso una señal, el arco iris en la nube (cap. 9:3-17).

Pero Noé se embriagó. La idolatría se introdujo en su descendencia. Mientras los hombres en su orgullo intentaban construir la torre de Babel, Dios confundió su lenguaje y fueron dispersados sobre la faz de la tierra. Desde entonces, las tinieblas del paganismo se fueron reforzando, nueva ofensa hecha a Dios a lo largo de ese **tercer siglo**.

Un **cuarto siglo** comenzó con el llamamiento de Abram, hijo de un hombre pagano, quien recibió el llamado del Dios de gloria y dejó Ur de los caldeos “sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8). Era la elección divina recibida por la fe, en vista de conformar un pueblo separado. “Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia” (Romanos 4:3). Vivió de la fe recibida de Dios y llegó a ser el padre de los creyentes. Las promesas relativas a Israel, el pueblo elegido, y a su simiente que es Cristo, le fueron confirmadas en Isaac sacrificado, a quien volvió a

recibir como a través de la resurrección (Hebreos 11:19). ¡Qué figura de Cristo más conmovedora! Melquisedec ya había evocado las gracias del siglo venidero (Génesis 14:18-19; Hebreos 7:1-10).

En ese entonces la familia de la fe vivía en espera de la ciudad que tiene los fundamentos (Hebreos 11:10). El altar y la tienda eran su parte. Luego el pueblo vivió varias etapas: José, entregado por sus hermanos, tipo de Cristo rechazado, pero imagen del Mesías Rey; el descenso del pueblo a Egipto, la esclavitud bajo Faraón; la liberación en la Pascua, el pueblo redimido merced a la aspersion de la sangre en el dintel y los dos postes de las puertas de sus casas; la travesía del mar Rojo, el desierto y los cuidados de la gracia, Moisés a la cabeza del pueblo y la llegada al Sinaí.

Fue el principio de un **quinto siglo**, el siglo de la ley y los profetas, tiempo de la prueba del hombre responsable (el pueblo pretendió poder cumplir la ley, sin embargo la violó tan pronto como la recibió). Luego se mostró la paciencia de Dios hasta que Lo-Ammi (*no es mi pueblo*, Oseas 1:9) fue pronunciado, cuando iban a comenzar los tiempos de las naciones, aproximadamente seiscientos años antes de la venida de Cristo.

Sin embargo, ¡qué privilegios fueron concedidos al pueblo por su fiel Dios, la **Roca de los siglos**, la Roca de su salvación! Primero, la morada del Dios Eterno en medio del pueblo, en el tabernáculo donde desplegó su gloria entre los querubines, sobre el propiciatorio, en el arca ubicada en el lugar santísimo. Todo esto hablaba del Cristo que debía venir. Sus sufrimientos y sus glorias estaban detalladas allí. ¡Qué «luces» de Cristo en el servicio levítico! Dios llevó a su pueblo, como un padre a su hijo, hasta Canaán, cuya entrada le fue abierta a través del Jordán. Años después hubo el reinado con David y sus gracias

aseguradas, Salomón y toda su gloria: un Cristo que sufre, pero un Rey en gloria.

Desgraciadamente, la realeza se hundió en una criminal idolatría; un primer juicio alcanzó al pueblo culpable, en cautividad, bajo el yugo de las naciones. Sólo un pequeño remanente volvió de Babilonia para recibir al Mesías prometido.

Sin embargo, a lo largo de este **quinto siglo**, brillaron rayos de fe más numerosos que en los precedentes, cuando Moisés, Aarón, Josué, Caleb, Samuel, David, los profetas, Daniel, Esdras, Nehemías, cada uno en su tiempo, recibieron preciosas arras de la obra de Cristo, esperando de antemano en Él. Pero la ley hizo abundar la ofensa. Mediante ella el hombre no podía ser rehabilitado delante de Dios. Fue necesario que, **en la consumación de los siglos**, Cristo apareciera, Dios manifestado en carne, venido en perfecta gracia (Gálatas 4:4).

Él llevó el pecado de muchos, aboliendo así el pecado por el sacrificio de sí mismo. La historia del hombre responsable se acabó en la cruz, en donde Cristo sufrió todos los golpes de la ira de Dios contra el pecado. Resucitado por la gloria del Padre, subió a lo alto, recibió el Espíritu Santo prometido y desde ese día lo dispensa a los que creen. Llegaron **los fines de los siglos** cuando en Pentecostés Dios abrió este gran paréntesis de la Iglesia, de la gracia reinando por la justicia para la vida eterna. Dios todavía no ha cerrado ese paréntesis, y actualmente estamos en el término de la historia de la Iglesia sobre la tierra. El Señor está cerca; pronto vendrá para tomar consigo a su amada Iglesia y asociarla a su gloria.

Ahora bien, después de la cruz, todo cambió. Los siglos tomaron otro nombre, un doble nombre: primero, el **del siglo de los siglos** (Efesios 3:21), teniendo en cuenta las riquezas de la

gracia con Cristo, el **Rey de los siglos**; segundo, el **del presente siglo malo** (Gálatas 1:4), en relación al mundo juzgado y a Satanás, **príncipe de este mundo y dios de este siglo** (Juan 14:30; 2 Corintios 4:4).

Cuando la Iglesia haya sido arrebatada, **el presente siglo**, más malo que nunca, estará en su apogeo, pues “el hombre de pecado” será revelado como el inicuo, “cuyo advenimiento es por obra de Satanás” (2 Tesalonicenses 2:3-9). ¡Serán tiempos apocalípticos terroríficos! Entonces comenzará el día del Señor para **la consumación del siglo** (Mateo 24:3), seguido de la instauración **del siglo venidero**. Ese día del Señor comprenderá solemnes etapas en juicio: la bestia y el falso profeta lanzados al lago de fuego y azufre; los reyes de la tierra y sus ejércitos (unidos para luchar contra el Rey de reyes y Señor de señores) muertos por la espada salida de su boca; las naciones juzgadas (Apocalipsis 19:11-21). La predicación del Evangelio eterno (Apocalipsis 14:6-7) habrá preparado la aparición gloriosa de Cristo, viniendo a establecer por mil años, sobre la tierra purificada, el reino de justicia y paz.

Entonces será el tiempo del restablecimiento de todas las cosas, tiempo de refrigerio delante de la presencia del Señor (Hechos 3:21, 19), del cual Dios ha hablado en todos los tiempos por boca de sus santos profetas. En ese día no serán solamente **luces o destellos de Cristo**, como antes, sino que él aparecerá en gloria. Cuando vino en gracia, ocultó las señales de su gloria tomando un cuerpo, participando de carne y sangre; fue crucificado en debilidad. Pero la escena de la transfiguración, donde recibió de Dios el Padre honor y gloria, permite entender qué centro de luz divina será Jesucristo, a partir del **siglo venidero**, ese milenio de paz y de bendición. Sin embargo Satanás, atado durante esos mil años, será desatado y podrá ejercer nuevamente su poder, por un momento. El

pecado, solapado en el corazón de los que hayan fingido someterse, se manifestará en un estallido final de odio contra Dios. Los versículos 7-11 de Apocalipsis 20 nos presentan el aspecto moral de lo que será el fin del mundo creado, tal como lo describe 2 Pedro 3:1-10. Ese será el fin del **día del Señor** en juicio y la introducción del **día de Dios** (v. 12-13).

Ese día de Dios **es el estado eterno**, cuando Dios sea todo en todos. Entonces Apocalipsis 21:1-7 tendrá su bienaventurada realización en los cielos nuevos y la tierra nueva, para todos los redimidos del Señor de **todos los siglos precedentes**. Por su parte nuestro Dios y Padre, y nuestro Señor Jesucristo, recibirán durante **los siglos de los siglos** la adoración perfecta y eterna. Entonces el versículo 8 de Apocalipsis 21 será una terrorífica realidad para todos los perdidos, para todos los juzgados; su humo y sus tormentos subirán por **los siglos de los siglos** (Apocalipsis 14:11; 19:3; 20:10).

Queridos amigos, a ustedes les corresponde decidir desde ahora cuál será su suerte eterna, porque hoy es el día de salvación por la fe en Jesucristo. Tal vez les parece que este rápido bosquejo del tiempo, de todos esos **siglos**, a la luz de las Escrituras, exige un esfuerzo de atención. Pero en estos días de controversias, en los cuales ustedes son llamados a reconsiderar su posición, vale la pena reflexionar sobre qué respuestas dar a preguntas como éstas:

- ¿Quiénes somos?
- ¿De dónde venimos?
- ¿A dónde vamos?

L. G.

*¿A quién pues acudir? Esta asolada tierra  
Dominio de Satán, sólo es ruina y ficción;  
¿Quién su casa construir en este erial quisiera,  
O de su dicha hallar la roca y protección?*

*¿A quién pues acudir? En busca de la ciencia  
Del gran Dios de verdad, de luz y puro amor,  
¿Quién nos diera su paz, su perdón, su clemencia,  
Para el alma aliviar de un peso agobiador?*

*¿A quién pues acudir? Tu voz de encantos llena  
Nos dice: «No temáis, siempre confiad en Mí»;  
Consuelo Tú nos das, de gozo el alma plena;  
¿A quién pues acudir, ¡oh Jesús!, sino a Ti?*

Himnos y Cánticos N° 127

**PARA TODOS**



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas  
PARA TODOS  
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es "inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).